

palacios para su morada; en lo más alto colocaron una hacha de cobre, con el filo hácia arriba sobre el cual se sustentaba el cielo. Estos edificios estaban en la Mixteca alta, junto al pueblo de Apoala, y la peña se llamaba, *lugar donde estaba el cielo*. Muchos siglos vivieron los dioses en descanso, gozando de delicias, hasta que les aconteció tener dos hijos varones hermosos, discretos y sabios en todas las artes; del nombre del día de su nacimiento se llamaron *Viento de nueve Culebras* y *Viento de nueve Cavernas*: ambos fueron criados con mucho regalo, y sabían transformarse en águila ó serpiente, hacerse invisibles y aún penetrar á través de los objetos.

Gozando estos dioses de la mayor tranquilidad acordaron hacer ofrenda y sacrificio á sus padres, á cuyo efecto tomaron unos incensarios de barro, les pusieron lumbre y quemaron una cantidad de beleño molido: fué ésta la primera ofrenda. En seguida construyeron un jardín con plantas y flores, árboles y frutos, y yerbas olorosas; junto labraron un prado con todo lo necesario para los sacrificios. Los piadosos hermanos vivían contentos en aquella heredad, cultivábanla, quemaban el beleño, y con oraciones, votos y promesas pedían á sus padres, apareciese la luz, se congregase el agua en alguna parte y quedase á descubierto la tierra; pues no tenían mas de aquel pequeño vergel para su sustento: para esforzar su ruego se punzaron las orejas y la lengua con lancetas de pedernal, esparciendo la sangre sobre los árboles y plantas con un hisopo de ramas de sauz. Los dioses Ciervo tuvieron más hijos é hijas; pero sobrevino un diluvio, en el cual perecieron muchos de ellos. Pasada la catástrofe, el dios llamado *Criador de todas las cosas*, formó el cielo y la tierra y restauró el género humano. (1)

Aquí aparecen dos épocas separadas por un diluvio: la primera el caos sin tiempo y sin luz, en que vivía la generación de los dioses; la segunda de los tiempos y de los hombres actuales: el pasado tenebroso, confuso; el presente luminoso y entendible.

Las tribus de la Baja California, segun Clavijero, (2) tenían idea, aunque confusa, de un Sér Supremo, creador del mundo. En las creencias de los pericués, Niparaja había hecho el cielo,

(1) Fr. Gregorio García, Origen de los indios, lib. V., cap. IV.

(2) Hist. de la Antigua California, lib. I, pár. XXV.

la tierra y el mar; su esposa era Anajicojondi, en la cual sin tocarla había tenido tres hijos. Anajicojondi dió á luz á Cuajaip en las montañas de Acaragui; fué poderoso y le servían muchos vasallos, pues cuando quería entraba debajo de la tierra y sacaba hombres; mas éstos se tornaron ingratos, se conjuraron contra Cuajaip, y le mataron, atravesándole la cabeza con un ruedo de espinas. En el cielo, más poblado aún que la tierra, Tuparan, por otro nombre Bae, se alzó con sus parciales contra Niparaja; quedando éste vencedor, quitó á su enemigo las pitahayas y las otras frutas deliciosas, le aprisionó en una cueva cerca de la mar, criando á las ballenas para que no le dejasen salir de allí. Niparaja quería el bien; Tuparan apetecía la guerra, por eso los que morían flechados no iban al cielo, sino á la gruta de Tuparan. Las estrellas eran de metal habiendo sido creadas por el númen Puratahui, la luna era obra de Cucunumic.

Contaban los guaicurás que en el Norte habitaba un espíritu principal llamado Guamongo, quien mandó á la península otro espíritu por nombre Gujaqui. Visitó éste el país, sembró las pitahayas, dispuso los lugares de pesca, se encerró algun tiempo en una gruta cerca de Puerto Escondido, donde enseñó á sus devotos á tejer las capas de cabellos usadas por sus sacerdotes, y acabada la visita retornó al septentrion de donde había venido. Afirmaban tambien los doctores guaicurás que el sol, la luna y los otros astros, aparentemente más grandes, eran hombres y mujeres, los cuales, todos los días al ponerse, caían en la mar y salían de él al día siguiente á nado, y que las estrellas eran fogones encendidos en el cielo por el espíritu visitador, y vueltos á encender despues de ser apagados en el agua del mar (1).

Había para los cochimíes un sér creador del cielo, de la tierra y de todas las cosas: habitaba en el cielo el espíritu llamado, *el que vive*, quien sin concurso de mujer tuvo un hijo, por nombre *el veloz*, y *la perfeccion ó término del barro*: aparecía un tercer personaje dicho, *el que hace señores*. *El que vive* crió ciertos séres inferiores, los cuales se rebelaron contra su señor y contra los hombres, diciéndoles por esto *mentirosos y engañadores*, los cuales cojían á los muertos y los metían debajo de la tierra para que no viesen al *Señor que vive* (2).

(1) Clavijero, hist. de California, lib. I, párr. XXV.

(2) Clavijero, loco cit.

Segun alcanzaron á ver los misioneros, celebraban los sinaloas una fiesta por espacio de ocho dias. Sobre un suelo emparejado con arena suelta, en el interior de una casa, trazaban un círculo de dos varas y media de diámetro. Los indios, excluidas las mujeres, entraban embijados, cantando y bailando, con bordones en las manos; sentábanse á veces, y con unas cañas delgadas señalaban figuras, que pintaban de colores. Eran dos personas á cuyo rededor se veían cañas de maíz, frijoles, calabazas, y entre ellas, pájaros, culebras y otros animales. Preguntados por la significacion de las figuras, respondieron llamarse la una Viriseua y la otra Vairubi; tal vez los religiosos no entendieron la explicacion de la leyenda, pues ya hacen dos diosas, la segunda madre de la primera, ya una madre y su hijo, ya en fin, el varon y la hembra progenitores del género humano (1).

En concepto de los mexicanos la filiacion y distribucion de las razas era ésta. Ixtacmixcoatl, la culebra de nube blanca, tuvo dos esposas. En la una, llamada Ilancueitl, enaguas viejas ó de vieja, engendró seis hijos. El primogénito Xelhua fundó y pobló á Cuauhquechollan, Itzocan, Epatlan, Teopantlan, Tehuacan, Cozacatlan, Teotitlan y otros lugares. Del segundo hijo Tenoch, fundador de Tenochtitlan, descienden los tenochca ó mexica. Ulmecatl, el tercero, pobló ciertos pueblos como Totomihuacan, Huitzilapan y Cuetlaxcoapan. El cuarto, Xicalancatl, se estableció hácia las costas del Golfo, fundando á Xicalanco cerca de Tabasco, y al otro Xicalanco cercano á Veracruz. Al quinto, Mixtecatl, reconocen por padre los mixteca, habitantes del antiguo Mixtecapan. Otomitl, el sexto, se subió á las montañas cercanas á México, levantando las poblaciones de Xilotepec, Tollan y Otompan: "ésta es la mayor generacion de toda la tierra de Anáhuac, la cual allende de ser muy diferente en la habla, andan los hombres chamorros; tambien hay quien dice, que los chichimecas vienen de este Otomitl, por ser entrambas naciones de baja suerte, y la más soez y servil gente que hay en toda esta tierra (2)." Ixtacmixcoatl é Ilancueitl habían salido de Chicomoctoc, y la gente creía haber sido engendrada por la lluvia y el polvo de la

(1) Rivas, Triunfos de nuestra Santa Fee, lib. II, cap. III.

(2) Gomara, apud Barcia, segunda parte, cap. CLXXXV.—Torquemada, lib. I, cap. XII.

tierra (1). De la segunda esposa, Chimalma, nació Quetzalcoatl.

Mr. Brasseur (2) puso en historia esta leyenda, con muchos pormenores de propio caudal é invencion. Xelhua, significa los gigantes; y Xicalancatl representan los pueblos de lengua nahoa; Ulmecatl, (los tzapoteca) y Mixtecatl, hablan lenguas hermanas, distintas de la anterior; Otomitl tiene habla separada de las otras, lo mismo que los chichimecas; en siete naciones nombradas, seis hablas diversas. Todas esas naciones pertenecían á épocas distintas, desde Xelhua el gigante, hasta los mexica que al último se presentaron en el Valle. No es, pues, historia ni mito; es la expresion de los filósofos mexicanos reconociendo á todos los pueblos del imperio, fueran cuales fuesen sus diferencias etnográficas, como provenientes de un solo tronco: los mexicanos profesaban la doctrina monogenista, cual lo comprueba el par privilegiado que escapó á cada uno de los grandes cataclismos. En cuanto á Quetzalcoatl blanco, barbudo, de origen evidentemente extranjero, para ser consecuente con el principio, se le dió por padre tambien á Ixtacmixcoatl, asignándole otra madre, Chimalma.

Dejando ya los orígenes, pasemos á considerar la estructura del mundo. La tierra era plana, terminaba en los países conocidos, y más allá de las costas se extendía la mar, cuyas aguas se unían con los cielos; éstos y aquellas eran de la misma materia, aunque los cielos más densos: todo el aparato se sustentaba en hombros de ciertos dioses, los cuales se relevaban al estar cansados (3). Para los californios, la esfera se sostenía en las espaldas de siete gigantes. Cuando Dios creó el mundo, decían los mayas, puso á los cuatro hermanos Bacab hácia los cuatro extremos del cielo, para que lo sustentasen y no se cayese: estos Bacab eran conocidos tambien con los nombres de los años Kan, Muluc, Ix, Cauac (4). Cuando los gigantes ó los genios flaqueaban, vacilaba la tierra y sobrevenían los terremotos.

Llamábase el mar *Teoatl*, no en el sentido de dios, "sino agua maravillosa en profundidad y grandeza." Llamábase tambien *Ilhui-*

(1) Motolinia, hist. de los indios, pág. 49.

(2) Hist. des nat. civilisées, lib. II, cap. I.

(3) Muñoz Camargo, MS. 154.

(4) Relacion de las cosas de Yucatan por Landa, pág. 206.

"caatl, que quiere decir *agua que se juntó con el cielo*, porque los "antiguos habitantes de esta tierra pensaban que el cielo se "juntaba con el agua en la mar, como si fuera una casa: que el "agua son las paredes, y el cielo está sobre ellas, y por ese llama "man á la mar el cielo (*amictlan*)."⁽¹⁾ Debe suponerse que la casa la creían redonda y techada en forma circular, por ser ésta la figura aparente determinada por la vista.

En cuanto al número de los cielos andan discordes. Trece cuenta la relación de Fr. Bernardino; doce son para Sahagun y Torquemada; once en otra noticia mexicana, y Muñoz Camargo,⁽²⁾ con otros escritores, enumera nueve, nombrados "Chiconauh-nepanhuican, Ilhuicac, donde hay perpetua holganza." Para ellos la tierra estaba fija; la luna y la esfera giraban al derredor de aquella.

Las estrellas, *citlalin*, (*citlallo*, *estrellado*), estaban pegadas en el cielo: tenían idea de las diversas magnitudes aparentes, supuesto que á las pequeñas nombraban *citlaltontli*. Los astrónomos mexicanos reconocían algunas constelaciones. Guiados por las indicaciones de Sahagun, hallamos que les llamaba la atención la estrella de primera magnitud Aldebaran y el grupo de las Hiadas, en el Toro. La culminación de las Pléyadas les servía en su ceremonia del fuego nuevo. Las tres estrellas del cinturón de Orion eran conocidas bajo la denominación de Yoaltecutli y Yacahuiztli, las tomaban por agujero, y les ofrecían incienso á la primera noche, á la hora de las tres y al alba: las distinguían por *mamalthuaztli*, nombre de los palos que servían para encender el fuego nuevo. A honra de estas estrellas se hacía una quemadura á los hombres en la muñeca, pues si morían sin la señal, en el infierno les barrenarían con un palo como acá en la tierra para sacar la lumbre.⁽³⁾ *El mamalthuaztli* colocado en la esfera, divinizada el instrumento de la ceremonia cíclica. Las estrellas de la Bocina, es decir, la Osa menor, pintábalas como una S y les decían *citlaxunecuilli* "porque tienen semejanza con cierta especie de pan al cual llaman *xunecuilli*, el cual se comía en "todas las casas un día al año, que llamaban *xuchilhuiti*."⁽⁴⁾ La

(1) P. Sahagun, tom. III, pág. 309.

(2) Hist. de Tlaxcala, MS. 152.

(3) P. Sahagun, tom. II, pág. 260.

(4) Ibid. tom. II, pág. 252.

Osa mayor ó el Carro, hemos visto ántes ser el tigre Tezcatlipoca. Estas dos constelaciones no se ponen en el horizonte de México; por ello y por su figura debieron llamar la atención de los astrónomos, no siendo un supuesto muy aventurado el que hacían observaciones de la polar, supuesto que sabían trazar la línea meridiana. La constelación zodiacal del Escorpion era conocida por *Colotl*, alacran; es decir, el mismo nombre adoptado en la ciencia astronómica de los pueblos primitivos del mundo. Como dios, preside esta constelación en la décimo tercera trecena del Tonalamatl bajo el nombre de Teoiztactlachpanqui, compuesto de *teotl*, dios, *iztac*, blanco, y *tachpanqui* el que barre algo: el dios blanco que barre.

Es sabido que las veinte divinidades que presidían á las treceñas del Tonalamatl, segun Gama, tenían lugar preferente entre los planetas y signos celestes; con ellos se simbolizaban el sol, la luna, los planetas y algunas estrellas fijas. Citlalinicue ó Citlalcueye, enaguas de estrellas, en la décima sexta trecena, es la Via láctea; (1) en la pintura está representada por una corriente cual si fuera de agua, ocupando los tres lados principales del cuadrante.

Los cometas, y las estrellas errantes venían del quinto cielo. Los cometas, *citlalinpopoca*, estrella que humea, eran pronósticos de muertes de príncipe ó rey, guerra ó calamidad; el pueblo decía, "*esta es nuestra hambre*;" pensaban en la materia como en los pueblos de Europa hasta hace algunos años. Creían que si la luz del cometa hería alguna cosa viva, ahí se criaba un gusano, y el conejo ó la liebre se hacían malos para comer: las gentes se abrigan por la noche para no recibir daño.⁽²⁾ Por esto llamaban á la cauda del cometa *citlaltlamina*, la estrella tira saeta; cuando aparecía crinito le decían *xihuitl*.

El planeta Venus tenía el nombre de Citlalatoná, la estrella de claridad, (3) estrella resplandeciente. El intérprete del Códice Telleriano (4) le dice Cihuatlaloná, la primera claridad; formada antes que el sol, fué la primera luz que apareció en el mun-

(1) Gama, Descripción, pág. 100.

(2) P. Sahagun, tom. II, pág. 251.

(3) Del Planeta Venus. Copia de un Códice MS. en poder del Sr. D. Joaquin García Icazbalceta, que contiene un ejemplar de la Hist. de los Indios de Fr. Toribio Motolinia, aún más completo que el publicado.

(4) Segunda parte, lám. XIV.

do. Quetzalcoatl al morir se transformó en esta estrella. En el referido Códice se le llama Tlahuizcalpantecutli, "quiere decir, señor de la mañana cuando amanece, y lo mismo es señor de aquella claridad cuando quiere anochece." Preside la décima cuarta trecena del Tonalamatl bajo el signo Nahui Ollin ó más bien Nauhollin. En el templo mayor de México existía el teocalli Ilhuicatitlan, junto al cielo, destinado para los sacrificios cuando aparecía el planeta: é igualmente el Hueitzompantli. (1) En el Ilhuicatitlan había una columna alta y gruesa donde estaba pintada la estrella; remataba en un chapitel de paja, y ante ella tenían lugar los sacrificios. (2) Los antiguos le llamaban Lucifer por la mañana, y en la tarde Vesper ó Hesperus; nombres análogos le daban los mexicanos, pues *citlalpul* es la estrella de la mañana, y *Hueitlalin*, la de la tarde. (3)

Los astrónomos conocían bien sus movimientos, dándole en su aparición vespertina un período de 260 días; sabían el tiempo fijo de su vuelta oriental señalando otro período de 260 días, más una trecena, lo cual suma 273. (4) Á esta cuenta llamaban *Tonalpohualli*, y estaba destinada al cómputo del Tonalamatl, papel del sol, el cual se componía de períodos absolutos de 260 días: el mismo período, con ciertas correcciones se prolongaba por los años, las indiciones, y los ciclos.

En la historia del sol hay mucho de confuso. Destruído cuatro veces, fué formado una quinta; bajo este aspecto es una criatura secundaria y sin poder, no es una divinidad. Luego aparece que los númenes tomaron su lugar por algún tiempo, recibiendo una especie de santificación. Le encontramos al fin elevado á la altura de los dioses, en una de las categorías más encumbradas. Todo indica una mezcla de ideas, de distintas épocas y de diversas procedencias, formando un cuerpo abigarrado: mitos cosmogónicos, rituales ó astronómicos.

En su última faz, el sol era tenido por creador de todas las cosas y causa de ellas, extendiéndose su culto por muy gran parte del nuevo continente. (5) Aunque tenía diversos nombres, por

(1) Torquemada, lib. VIII, cap. XIV.

(2) Sahagun, tom. I, pág. 205.

(3) P. Sahagun, tom. II, pág. 250.

(4) Del planeta Venus. MS.

(5) P. Durán, seg. parte, cap. X. MS.—Mendieta lib. II, cap. VIII.

excelencia se le llamaba Teotl; el apellido Tonatiuh, significando un accidente quiere decir, el que va resplandeciendo. (1) Cuando en Teotihuacan murieron los dioses, dejaron á sus devotos las mantas con que se cubrían; aquellos sectarios tomaron palos, les hicieron una muesca donde pusieron una piedra preciosa por corazon, y los envolvieron primero con pieles de culebra ó tigre y en seguida con las mantas: estos bultos se llamaron *tlaquimilli*. (2) Tristes y apenados vagaban los devotos, hasta que uno de ellos llegó á la orilla del mar; tres veces se le apareció Tezcatlipoca, previniéndole al fin, fuese al sol y trajese cantores é instrumentos para hacerle fiesta. Las ballenas, las tortugas y las sirenas formaron un puente sobre la mar, y el devoto, cantando un canto hermoso, llegó al astro y le dió cuenta de su cometido. Previno el sol á los que con él estaban, que no respondiesen al cantar del mensajero, porque quienes tal hicieran aquel se los llevaría consigo: no obstante la prevencion, como el canto era tan melíffuo, algunos respondieron, y él se vino con ellos á la tierra, trayendo el *huehueltl* y el *teponaztli*. Comenzaron de nuevo las fiestas, los bailes y los cantares á los muertos dioses. (3) En esta relacion continúa el mito de Teotihuacan; los sectarios de las divinidades derrocadas por el culto del sol, vagan mucho tiempo ocultando su rito proscripto, hasta que pueden de nuevo practicarle poniéndose en contacto con los prosélitos del astro.

Los totonacos adoraban *la gran diosa de los cielos*, esposa del sol. Su templo estaba en lo alto de una montaña, muy fresco y limpio á maravilla; repudiaba los sacrificios de hombres amando se le sacrificasen tórtolas, aves y conejos; sacerdotes buenos y arreglados cuidan de su culto, rogándole pidiera á su esposo el sol, los librara de la tiranía de los dioses que exigian sangre humana. (4)

Representaban los mexicanos el astro con varios círculos concéntricos, divididos en ocho partes con unas aspaz triangulares, haciendo relacion á sus movimientos aparentes y á la division del tiempo. Á veces ofrece en el centro un rostro de frente con una gran lengua saliente de la boca, como en la piedra vulgar-

[1] Torquemada, lib. VI, cap. XXVII.

[2] Mendieta, lib. II, cap. II.

[3] Mendieta, lib. II, cap. III.

[4] Mendieta, lib. II, cap. IX.